

RECTIFICANDO LA BIOGRAFIA DE PEREZ BONALDE

Hace apenas cuatro meses que se celebró en Caracas el Cincuentenario de la muerte del eximio poeta Juan A. Pérez Bonalde. En aquella ocasión desfilaron por las páginas de nuestros diarios y revistas multitud de escritos crítico-biográficos, los cuales sumados a otros muchos importantes publicados en anteriores ocasiones, forman un acerbo de valor no despreciable.

Podría creerse, por esto, que acerca del gran bardo caraqueño ya no queda nada nuevo que decir. O que por lo menos todos los rasgos más salientes de su vida nos han sido ya perfectamente revelados en tan diversos escritos.

Pero la realidad es muy otra. Salvo la verdad de unos cuantos datos importantes, la vida escrita de Pérez Bonalde se ha visto plagada de falsedades e imputaciones completamente gratuitas. Se nos ha presentado consistentemente, —de buena fe, o por moda injustificable—, a Pérez Bonalde en figura de un hombre hurafío, amargado, que ha vivido miserablemente de un pobre negocio en un rincón de New York, que gasta sus pocos haberes en darse a la bebida, y que, en fin, es un convencido filósofo de la duda y un descreído sin Dios ni Religión. Tal la pintura desapacible y repulsiva que surge al combinar las pinceladas que unos y otros escritores han ido estampando acerca de nuestro poeta.

Trataremos de presentar aquí la rectificación de varias de aquellas afirmaciones, con la ayuda de algunos datos,

tal vez desconocidos para muchos, que afanosamente hemos ido reuniendo.

* *
*

El año del nacimiento de Pérez Bonalde se ha dicho corrientemente que fué el de 1846. Pero algún escritor ha dado también la fecha 1847; y otro afirmó que el poeta contaba en 1870, veintisiete años, lo que equivale a decir que nació en 1843. Hoy podemos precisar, sin conjeturas, que el año 1846 es la fecha verdadera. Hace algún tiempo nos dimos con empeño a la búsqueda de la partida de Bautismo. Tras de paciente labor en los Archivos de la Parroquia de Santa Teresa (poseedora de los libros de la antigua Parroquia de San Pablo), y de Santa Rosalía, logramos dar con el precioso dato en ésta última. He aquí copiado textualmente el documento que poseemos: "En el libro de registros de Bautismos B,6 (años 1846 - 1851) de la Parroquia de Santa Rosalía de esta ciudad de Caracas, al folio 11 vuelta, se encuentra una partida que es del tenor siguiente: En veinte de Febrero de mil ochocientos cuarenta y siete, Yo el Infrascrito Cura de la Parroq. de Sta. Rosalía, bautizé solemnemente, puse Sto. oleo, crisma y di bendiciones segn. el R. R. a Juan Antonio de las Mercedes q. nació el día treinta de Enero de mil ochocientos cuarenta y seis, h. l. (hijo legítimo) de Juan Ant^o. Pérez y Gregoria

Pereyra; fueron sus padrinos Reynaldo Ant^o. Pérez y Telesila Pérez; a qués. se advirtió el parentesco espiritual, y obligaciones; de q. Certifico. (fdo.) José de los Angs. Peres D. — La presente partida es copia fiel del original. Pbro. Pedro J. Porras". (Hay un sello de la Párrroquia) (1).

Don Juan A. Pérez Bonalde, padre del poeta fué un destacado miembro militante del viejo partido Liberal. En su vida política llegó a ser Senador y Presidente del Senado, y desempeñó el cargo de Ministro de uno de los Gabinetes. Luis Correa, al referirse a la ida de la familia Pérez Bonalde a Puerto Rico, —cuando el futuro poeta era aún niño de pocos años—, no nos precisa la fecha en que esto sucedió, ni nos puntualiza exactamente el período político.

Regresada la familia a Venezuela, el viejo Pérez Bonalde fué poco a poco desilusionándose con la política, y en particular con el rumbo que iba tomando el partido liberal. Acabó, pues, por retirarse a la vida privada. Un día tomó la resolución de abrir y dirigir un Colegio en Caracas. Sorpresivamente la noche misma de esta determinación le sobrevino una angina de pecho que en poco tiempo lo llevó al sepulcro (2).

Contaba el poeta unos 24 años de edad, cuando llenó su cabeza sin duda de las ideas antiguzmancistas de tantos jóvenes de su tiempo, se le ocurrió preparar una broma que vino a tener consecuencias tal vez no sospechadas. Era costumbre de la época tener al final de algunas corridas de toros, un número

(1) Queremos expresar aquí nuestro agradecimiento tanto al R. P. Hortensio Carrillo, Párroco de Santa Teresa, como a los RR. PP. Pedro J. Porras y Ramón R. Rivas, Párroco y Teniente-Cura respectivamente de Santa Rosalía, por la amabilidad y diligencia con que nos facilitaron la consulta de los libros parroquiales.

(2) Nuestro buen amigo, el conocidísimo escudriñador de hechos pasados, Sr. R. A. Rondón Márquez, en su artículo en "El Universal" del 4 de octubre de 1942, escribió que según González Guinán, en 1868 Pérez Bonalde llevó la palabra en una manifestación popular que se hizo al Gral. José Ruperto Monagas. Nos permitimos rectificar, ante todo, que la fecha de la manifestación fué el 21 de julio de 1869. Pero además, estudiando un poquito, tanto este suceso, como otros paralelos de aquella época, creemos probable que el Juan A. Pérez Bonalde que se nombra varias veces es, no el poeta, sino el padre de éste. Ulterior compulsación de fechas, que no hemos podido hacer aún, haría luz sobre el particular.

de variedades, ejecutado por un payaso en la propia arena del circo. Al final de una corrida, el payaso divirtió al público cantando y accionando una composición en la que se hacía burla de Guzmán. La apropiada musicuilla y los satíricos versos arrancaron vivos aplausos a la multitud.

Pero el gran demócrata no pasó por aquella broma. Enterado de que el autor de la música y de la letra del referido número era el joven Pérez Bonalde, envió orden terminante, al día siguiente, de que saliese del país en el plazo de ocho días.

La orden hubo de cumplirse. A ella se referirá el poeta en su "Vuelta a la Patria", al recordar aquel día aciago del mes de Marzo, cuando fué al lecho de su madre enferma a despedirse y recibir su bendición postrera.

Tomó rumbo hacia New York. A los quince días de su llegada, ya había logrado una buena colocación con la fuerte firma Lahman & Kemp, fabricantes de perfumes. Tal aptitud debió mostrar el venezolano, que pronto le fué asignado un sueldo de \$ 300 mensuales.

Juan Antonio, que siempre fué buen hijo, empezó ya desde el primer mes de ganar aquel sueldo, a remitir a su madre, por conducto de la casa Boulton y Cia. en Caracas, la suma de \$ 40 mensuales. Fué esta una obligación que él se impuso por propia voluntad. Y aun años después de muerta su madre, continuó remitiendo igualmente aquella cantidad a Caracas, donde sus hermanas, —sin gastar nada—, la iban guardando.

No son, pues, ciertas las varias versiones propaladas referentes a la vida de Pérez Bonalde en New York. Del conjunto de éstas se desprende la conclusión errónea de que nuestro poeta tuvo que meterse donde pudo, a ganarse la vida de cualquier manera, ya en una "improvisada tienda de mercader", ya usando su pluma de escritor y poeta para menesteres mercantiles de infimo mérito.

Fué la misma firma Lanman y Kemp la que lo comisionó como agente suyo en un viaje de recorrido por todos los principales países de Europa, Asia y Africa. Diósele para esto la suma de \$ 25.000. Tantas y tan largas horas de viaje a bordo de barcos y trenes las utilizaba el poeta para hacer y perfeccionar las traducciones de poemas del francés, del inglés y sobre todo del alemán.

Poco tiempo después de su destierro por Guzmán, falleció en Caracas su madre. La noticia la supo él, —según lo dejó escrito—, durante otro mes de Marzo. Su primer regreso a Caracas iba a ser tristísimo. El coche que en la ficción de la "Vuelta a la Patria" lo llevaría desde la costa hasta la Capital, seguiría camino del Cementerio. Podemos imaginarnos al poeta subiendo con lento paso la áspera senda de la colina de "Los Hijos de Dios", cementerio éste donde había sido inhumado el cadáver de su madre (3).

Como él lo dice también en esa misma "Vuelta a la Patria", después de la muerte de su madre es cuando le toca recorrer mares y tierras.

Por tres veces, y a diferentes intervalos, viaja Pérez Bonalde de Venezuela a Estados Unidos y viceversa.

De su segundo regreso se ha conservado entre sus parientes el grato recuerdo de cierto día, cuando terminada la comida, en charla de sobremesa, el poeta en su conversación mezcló esta frase: "... porque Dios es tan grande!". A lo que sus hermanas Elodia y Telesia repusieron al momento: "Entonces, Juan Antonio, ¿tú crees en Dios?" Y él respondió que sí, que creía en Él, por que era lo único en que se podía creer con toda garantía. Y siguió luego largo rato discutiendo sobre este tema de su fe en Dios.

Cuando ya su nombre de poeta y traductor exquisito había resonado por los ámbitos de España, vióse honrado con la elección de Miembro Correspondiente de la Real Academia Española. Hizo viaje a Madrid para recibirse en tan digna corporación. ¡Qué solaz tan confortador para su fino espíritu de artista de la palabra, el poder en aquella ocasión departir ampliamente con críticos tan ilustres, y amigos suyos, como Menéndez y Pelayo, y Valera, apreciadores justos de su obra literaria! (4) Se recuerda aún entre los parientes del poeta haber recibido una fotografía suya hecha por

(3) Atendiendo estrictamente a las expresiones usadas por el poeta en la "Vuelta a la Patria", parecería más bien referirse a su visita a un Cementerio situado en una verde llanura. Sin embargo, sabemos por otra fuente que fué en el Cementerio de los Hijos de Dios donde reposaron los restos de su madre.

(4) Perdido en no sabemos qué número de "El Cojo Ilustrado", se encuentra un ar-

entonces en Madrid, en la que aparecía enjuto y demacrado de rostro.

Se ha dicho, y con razón, que una de las causas que más precipitó la temprana desaparición de Pérez Bonalde, fué la muerte súbita de su idolatrada hijita Flor. Es cierto que el matrimonio del poeta "con una mujer de raza y educación distintas de la suya", no podía ser fuente de felicidad familiar. Pero, la presencia de Flor servía de suavísimo bálsamo hogareño.

La niña, sin embargo, debió ser un caso extraño, diríase patológico; criatura de prodigioso desarrollo mental, que antes de los dos años ya entendía y reflexionaba como persona mayor. Y así fué cómo cierto día, mientras se hablaba durante la comida, Flor entendió algo de la conversación que le causó mucha gracia; de donde le acometió un acceso incontenible de risa, del que se siguió un ataque, y poco después la muerte.

Esta ocurrió, según Correa, —quien sólo refiere la fecha—, a fines de 1883.

Todas las otras adversidades las había soportado con valentía el caraqueño. Pero ésta última fué algo demasiado para su espíritu.

Hasta ahora Pérez Bonalde ha sido el padre y el esposo, modelo de caballero, que vive en cómodo apartamento, amueblado y adornado a todo lujo, en New York. Es hombre a quien le gusta vivir bien, sin alargar de prodigalidad, pero sí rodeándose de la comodidad y aun de lo superfluo que le permite un no mezquino sueldo. Sabemos que en su comedor se usaba un juego de cubiertos de oro, grabados con las armas de la casa Pérez Bonalde. Y el cariño y veneración que tenía por la memoria de sus padres le inspiró colocar sendos cuadros suyos, en la sala, que pendían de hermosos clavos de oro.

Es por tanto un falso aserto lo de su vida de casi absoluta indigencia, en New York, que algunos han escrito. Antes al contrario: vivía con comodidad y hasta con lujo. Y se preciaba de ello.

Pero la muerte de Flor sumió al poeta en hondo e inenarrable dolor; tanto,

título de Menéndez y Pelayo, en el que el sabio maestro refiere la impresión que le causó, el primer día que volvió a la Academia de la Lengua, después de la muerte de su amigo Pérez Bonalde, ver enlutado el Sillón de Miembro Correspondiente del poeta venezolano recién fallecido.

que nunca más volvió a recobrase de él. Y buscando cómo librarse de aquella angustia, sucumbió a la tentación de la morfina. En pocos años este dulce cáncer había producido estragos irreparables. Llegó un momento en que fué necesario que ingresase a un sanatorio de morfinómanos que había en la ciudad. Su apartamento hubo de cerrarse, y la esposa del poeta se fué a vivir a la casa de sus propios padres.

Pérez Bonalde llegó a estar de suma gravedad. El régimen del sanatorio logró mejorarlo un poco. Entretanto, en Caracas, su hermana Elodia, preocupada por la falta absoluta de cartas, después de muchos meses, e ignorante totalmente de la catástrofe ocurrida, decidió hacer viaje a New York. Allí la esposa del poeta y los padres de ésta la informaron de todo. Fué ella a visitar a su hermano al sanatorio. Por espacio de ocho días permaneció en aquella ciudad, pero tuvo que regresar a Venezuela sin lograr traerse consigo, según sus deseos, al hermano enfermo, pues éste aún debía continuar alguna temporada más en el sanatorio, hasta podersele dar de alta temporalmente.

La tercera y definitiva vuelta del poeta a su tierra natal, fué como la última entrada a puerto de la embarcación desvenecijada por el temporal. Al cabo de un año de cuido en el sanatorio, salió no curado aún, rumbo a su tierra. Llega a Caracas, donde pasa algún tiempo, pero a poco su salud vuelve a resentirse. Posiblemente la apagada sed de morfina había vuelto a recrudecérsle y la voluntad de nuevo flaqueaba ante la tentación.

El Gobierno de Andúeza Palacio le ofrece un cargo diplomático. El poeta lo acepta, y se embarca rumbo a Europa. Pero llevaba sólo algunas horas de viaje cuando le sobreviene un grave accidente, a causa de la morfina, y tiene que ser desembarcado en una isla de las Antillas, para de allí regresarlo a Caracas. Al poco tiempo le sobrevino la paralización de las piernas. Se le recomendó que fuese a la costa, y en La Guaira va a vivir en la casa de su sobrina la digna matrona Doña Carolina Pérez Bonalde de Vidal Pulido.

Aquel era un hogar de perfección y virtudes cristianas. Fué el oasis que la Providencia reservaba para el alma del gran poeta. Tres meses le quedaban so-

lamente de vida, y este tiempo iba a ser de incalculable valor.

Poco a poco, en aquel ambiente cristiano que respiraba, fueron reverdeciendo las olvidadas prácticas religiosas. Uníase por las noches a rezar el Rosario en familia. Llevaba siempre, hasta el día de su muerte, colgada al cuello la medalla de Ntra. Sra. de Lourdes. Con frecuencia se le oía hablar de Jesucristo. Cierta día en que como de costumbre había salido a dar un corto y lento paseo por los alrededores, tuvo un encuentro providencial con "un sacerdote muy santo y muy digno que llevaba una capita morada", según él mismo lo describió al volver a su casa. Y añadió espontáneamente: "Quiero tener una conferencia privada con ese sacerdote".

El encuentro había sido con Monseñor Manuel Gámez, dignísimo sacerdote que llevaba 17 años al frente de la Parroquia de La Guaira; hombre docto y culto, de quien nos dice una semblanza suya publicada en "El Cojo Ilustrado" de 1893, que sembró de bondades y sacrificios su labor sacerdotal.

Avisado el P. Gámez de los deseos de Pérez Bonalde, vino a visitarle; pero aquella misma tarde, a las 4 aproximadamente, le sobrevino al enfermo una hemiplegia. Sin embargo, su organismo reaccionó, aunque privado ahora del uso directo de la palabra. Vino Monseñor Gámez, pasada la primera gravedad, y el poeta lo recibió con grandes demostraciones de satisfacción. Durante una hora habló y respondió con gestos de los ojos y de la cabeza, y con apretones de manos. Al salir el buen sacerdote, dijo a los familiares presentes: "pueden estar ustedes muy tranquilos; ha hecho una confesión perfecta".

Pocos días después, le repitió el ataque de hemiplegia. Esta vez el golpe fué mortal. Aproximándose sus últimos momentos no cesó todo el tiempo de tener en sus manos el Santo Crucifijo, y de besarlo devotamente a cada instante. Privado como estaba del habla, seguía no obstante con devoción las oraciones que a su alrededor se rezaban. Y así, en este ambiente tranquilo de fe y de piedad, entregó su ser al Criador, —tal como él mismo lo predijera en el último verso de su "Vuelta a la Patria"—, "con alma en paz y con la frente erguida".

* *
*

Y ahora recojamos en breve haz unos cuantos pormenores poco conocidos, de su vida y carácter.

Fué siempre Pérez Bonalde de carácter sumamente bondadoso. Amaba con delirio la vida familiar y los ratos de charla y de expansión con los suyos. Juetón por temperamento, eran frecuentes las bromas y ocurrencias con que sorprendía a amigos y familiares. Una de sus sobrinas recuerda aún que, cuando la primera vuelta del poeta a Venezuela, habiéndose éste hospedado en casa de sus hermanas en Puerto Cabello, gustaba de darle broma a ella colocándole en los sitios más altos de la casa, una gatica que la niña quería mucho y que temía fuera a matarse si caía de lo alto.

Jamás vivió Pérez Bonalde en la indigencia. Ya se ha visto que en New York vivió con comodidad. En su postrer regreso a Venezuela, triste y enfermo, pudo llevar una vida pobre, pero digna, porque contaba con el dinero enviado por él desde Estados Unidos mensualmente, y que sus hermanas, muerta su madre, le habían ido acumulando escrupulosamente. Por lo demás, era un hombre sumamente pulcro y cuidadoso en el vestir.

Jamás se aficionó a la bebida. Su debilidad fué la morfina, y esto sólo a raíz de la muerte de su hija. En fiestas con amigos, y en reuniones en el Club, aun a las horas más avanzadas de la noche, su cabeza se conservaba perfectamente equilibrada sin señal alguna de trastornos alcohólicos.

Tras de los años de lucha y contrariedades, su alma educada en profundo ambiente cristiano, fué reviviendo ideas y sentimientos. Cierta día empezó a hablar de Jesucristo: poco a poco su voz se fué animando, creció el entusiasmo, y en un largo y brillante despliegue fué pasando revista a todos los grandes hombres de la historia, con sus virtudes y sus hechos, y a todos los fué poniendo a los pies de Cristo, añadiendo luego en magnífica amplificación, esta idea: "ninguno como Cristo".

Durante su estancia en La Guaira, los meses antes de su muerte, una vez su sobrina Doña Carolina de Vidal Pulido castigó a su hijito Oscar, por una travesura, mandándole ponerse de rodillas. Pérez Bonalde al ver el castigo, frunció el seño, y no dijo nada. Pero luego, llamando aparte a la madre del niño, le hizo esta reflexión: "No des ese castigo; ¿no ves que el arrodillarse es la posición digna y reverente del hombre, reservada para adorar a Dios?".

Con esta frase de tan hondo sentido creyente y educativo haremos punto final a este recorrido por la vida de nuestro gran poeta. Ha sido nuestro intento rectificar ciertas afirmaciones y apreciaciones que corren impresas, que no solo son un desdoro innecesario en su gloria, sino además una falta contra la verdad.

Ojalá que futuros biógrafos de Pérez Bonalde, atendiendo no a la pobreza de éste nuestro escrito, sino a la verdad de los hechos que encierra, lo tomen en cuenta al preparar sus trabajos.

Pedro P. Barnola, S. J